

**Aquel viaje ©
Por
C.R.Canfrán**

-¿Qué? ¿Cómo se encuentra? ¿Este muchacho es su hijo? dijo extendiendo una mano que ella estrechó mecánicamente. ¡Qué tal!

Nunca dos personas se asemejaron tanto siendo tan diferentes, pensó mientras intercambiaba miradas con la madre y el hijo.

-¡Bien! ¡Gracias!

-¿No me recuerda?

-¡Pues no! respondió la mujer.

-Coincidimos en un viaje.

-¿En un viaje en tren? preguntó ella mientras su mente le encontraba ubicación.

¿¡En aquel viaje!? exclamó.

-Sí, en aquel viaje. ¿Qué tal se encuentra? preguntó de nuevo.

Ella dudó antes de contestar. Miró a su hijo y luego al hombre, en un rápido gesto que fue suficiente para que él comprendiera que la presencia del chico le impedía ser más explícita.

-¿Se refiere a cuando me confundí de tren?

Su hijo, pendiente de cada una de sus palabras, se levantó del asiento interponiéndose entre ambos con el propósito de escuchar mejor.

Era un muchacho desgarbado en el que se hacía notar los estragos de la pubertad en el sentido longitudinal, largas piernas, largos brazos y largo cuello; bonitos ojos, bonito pelo y una huidiza sonrisa que dosificaba con usura. Era hermoso, inteligente y buena persona a rabiarse, aunque él no lo sabía.

-¡Mamá, vámonos ya! exigió eludiendo mirar al hombre a quien había dado ostensiblemente la espalda.

Ella, quien en ningún momento hizo intención de presentar a su hijo, revolvió en el bolso, encontró el monedero y le entregó unos euros.

-¡Ten un poco de paciencia! Ya no tardarán en venir a recogernos. ¡Toma!

-¡Gracias! dijo sorprendido por la inesperada propia, y a lentas y largas zancadas se dirigió hacia el quiosco de periódicos.

-¡No tardes! le advirtió mientras se alejaba.

A continuación, centró la atención en el hombre y durante unos segundos dejó de parpadear e incluso de respirar mirándole muy seria, muy seria. Sí, era el desconocido a quien había entregado su intimidad; aunque no era la cara que aparecía en sus pesadillas.

-¿Soy o no soy? dijo el adivinando sus dudas.

-¡¿Cómo está usted?! Perdóneme, soy muy despistada. Le recordaba diferente, más delgado, más pálido y mayor. ¡Ha rejuvenecido! Claro que por aquel entonces estaba yo un poco desorientada. Todavía no sé por qué subí a aquel tren. El caso

es que allí estaba usted con un traje negro, como el que lleva ahora, ¿es el mismo?; tan alto, delgado y pálido como la misma muerte. ¡Impresionaba! ¡je, je! Río divertida de las barbaridades que le estaba diciendo al pobre hombre.

La palabra muerte no se usa demasiado, es dura, fuerte, oscura y dañina; pesa tanto que obra el silencio. Ella pronunció la palabra innombrable con total naturalidad. La macabra imagen del hombre hurgando en su vida durante aquel estúpido viaje, preguntando y preguntando, sacando datos de su mente amnésica le desagradaba muchísimo; aunque debería estarle agradecida porque le ayudó a volver a la realidad a pesar del dolor. Él no era responsable de su situación, sin embargo, estaba allí trayendo al presente un terrible momento del que todavía sufría las consecuencias.

El asintió sonriendo.

-Sí, estaba usted completamente perdida. Veo que ya se encuentra mejor, ¿verdad? Calló esperando a que ella hablara como lo hizo entonces, volcánica y reactiva.

En aquel viaje se juntaron el hambre con las ganas de comer. Nunca mejor dicho, a ella el impacto que le produjo saber que la habían despedido de su trabajo la dejó amnésica y se subió a un tren que no la conducía a ninguna parte. Él llevaba días a pan y queso, por decirlo de alguna manera. En realidad, se encontraba inmerso en la ruina económica desde hacía años. De sus miserias no habló con la mujer. Qué podría haber dicho, que corría a recoger el enésimo premio literario de segunda fila para sobrevivir hasta el próximo. Que vivía de las migajas que le proporcionaban los alumnos que tuvo años atrás, cuando las universidades se disputaban al brillante escritor revelación. Si se lo hubiera contado no le habría abierto su alma, y ni ella se habría recuperado de la conmoción en la que se encontraba ni él hubiera tenido la oportunidad de conocer al personaje de la obra que le premiaban hoy.

El fracaso, la mal suerte, el infortunio, la ruina económica son enfermedades sociales que conducen al aislamiento; a pesar de que no son virus contagiosos cursan en quien los padece como si lo fueran. De la ruina económica, por ejemplo, es muy difícil recuperarse si antes no desaparece la mala suerte y el fracaso, que son patologías parecidas pero no iguales, cada una tiene origen y síntomas específicos. Él no se sentía un fracasado, se decía a sí mismo que simplemente estaba sufriendo una mala racha y cambiaría su suerte en cuanto tuviera la fortuna de dar con una buena historia. Le alegró reencontrarse con ella para poder compararla con su personaje.

-Sin embargo, usted está estupenda, dijo galante. (Y fue sincero) La encuentro incluso más delgada.

-Gracias. Es lo que tiene reducir gastos. ¡je! ¡je!

Al inicio de la Asamblea General de Presidentes algunos de los asistentes me miraban y sonreían. Supongo que les hacía gracia pensar que yo no sabía que el despido que estaban votando como un apartado más de los presupuestos era el mío, pero yo sí lo sabía. Mantuve la compostura mientras cada una de sus miradas me desgarraba el alma: la sonrisa malévola del presidente de Álava, la dureza del presidente de Soria, el de Orense siempre tan preocupado por sus propios asuntos, el de Tarragona por fin despedía a alguien, etc. Sé que solo el presidente del Colegios Oficial de Veterinarios de Teruel me defendió durante la reunión previa de la Junta Ejecutiva Permanente. La propuesta de mi despido la formuló mi jefe, el presidente del CGCVE, Juan José Badiola Díez, llevaba cuatro años poniéndola encima de la mesa y al final consiguió dejar a una mujer de cincuenta y cinco años, divorciada y con un hijo sin trabajo. Todos ellos son funcionarios, por lo tanto, intocables.

Tiene el mismo humor negro que mi protagonista, pensó el hombre.

-¿Ha escrito el libro que le aconsejé? ¿Sabe algo de su verdugo? ¿Ha encontrado trabajo?

Asumiendo el riesgo de caer en la grosería, se lanzó a hacer preguntas sin un gramo de sentido común ni una pizca de educación. La referencia de ella a su precaria situación económica le dio la justificación que necesitaba para continuar una conversación que deseaba entablar desde que la observó deambulando por el andén. Se hizo el encontradizo con el insano propósito de indagar de nuevo en su vida y comprobar si había sabido dar a su heroína el latido de vida y la capacidad de supervivencia que observó en su compañera de asiento en aquel extraño viaje en tren.

-Siempre pregunta usted demasiado, le recriminó molesta.

A punto estuvo de dar media vuelta y dejarlo plantado, pero el hecho de que estuviera rodeada de bolsas y que la maleta le cortara el paso la obligó a permanecer allí; no obstante, le lanzó una dura mirada de reproche que mantuvo esperando que él se disculpara.

-Por favor, no me malinterprete, estoy seguro de que se han resuelto todos sus problemas porque está usted estupenda. Sucede que he pensado bastante en usted, en cómo se encontraría, si habría superado el mal trago que estaba pasando y también en que debería haberla ofrecido ayuda porque es usted encantadora y ... Calló durante unos segundos al darse cuenta del barrizal que estaba formando con tal lluvia de cumplidos. Fue consciente del cariz que estaba tomando la conversación sin pretenderlo y salió del atolladero abruptamente, dado que no sentía hacia la mujer ningún otro impulso que el del creador por su personaje.

...Últimamente ya no veo a su verdugo, quiero decir que ya no veo a su ex jefe, al profesor Badiola, ni en el tren ni en la televisión. Es curioso cómo funciona la asociación de ideas, pienso en su jefe y aparece usted.

Ella le observaba recordando cómo en algún momento de tan fatídico viaje se sintió acorralada por su avidez de saber más y más sobre su vida íntima.

-No se preocupe, conoce usted mi historia y es lógico que al verme se interese por ampliar información. Mi antiguo jefe, mi verdugo como le llamé entonces, continúa en el sillón, engordando, es del tipo de personas que saben situarse en el lugar oportuno en el momento adecuado. Incluso fue rector de la Universidad de Zaragoza, la misma en la que entró de profesor a dedo; sí, no se sorprenda, era uno de los miles de penenes (profesores no numerarios) que al principio de la democracia consiguieron la fijeza laboral en la Universidad sin hacer oposición, simplemente porque estaban allí. Ese señor tiene muchos muertos en el armario, ha escalado pisando cuellos; la moral y la conciencia las dejó en Ibiza. Yo no fui más que un incordio, no soy enemigo para tan alto personaje.

-¡No hay enemigo pequeño! se lo digo yo. ¿Está trabajando en el libro que la recomendé que escribiera?

No se hace daño a quien se quiere, sino a quien se puede. Posiblemente proyectaron sobre mi persona la frustración, la maldad reprimida y la ira por algún tipo de fracaso personal. O simplemente el gabinete de prensa formaba parte del botín.

Ella sonrió enigmática y continuó hablando como si no hubiera sido interrumpida.

-Con más de cincuenta años, un hijo y un mercado laboral devaluado, bien sabía el daño que me estaba haciendo; él tiene hijas trabajando, no sé si ya ha conseguido meterlas de funcionarias. Ni siquiera dio la cara, primero envió a acosarme al de Soria con exigencias profesionales imposibles de realizar incluso ilegales, pero como no caí en la trampa no pudieron despedirme por la vía de urgencia. Luego vino el valiente de Bilbao con el despido improcedente debajo del brazo.

-¡Uf! los vascos son gente peligrosa, dijo él hombre, nunca sabes si estás tratando con una víctima o con un verdugo.

-Éste aunque es el presidente del Colegio de Veterinarios de Vizcaya no tiene apellido vasco.

-Peor todavía, son de los que tienen que hacer méritos, dijo el hombre.

-Desde luego lo mío fue un asesinato laboral en toda regla.

Esta pobre no ha encontrado trabajo, pensó él, pero no tuvo tiempo de confirmarlo porque ella le dejó allí plantado casi con la palabra en la boca.

-¡Ahí están! ¡Hola! ¡Aquí! ¡Aquí! gritó, feliz al descubrir a la persona que esperaban y que la liberaba de aquel pelmazo entrometido con quien siempre terminaba hablando de lo que no debía.

El hijo salió de no sabía dónde, recogió las bolsas y tirando de la maleta se alejó lanzándole un gruñido a modo de despedida.

-Creo que no me he alegrado de haberle visto, le dijo sonriendo. ¡Adiós!

-¿Ha escrito el libro? formuló una última pregunta mientras ella se alejaba.

-¡Visite mi página [web, conajo.es](http://web.conajo.es) le gustará! ¡Adiós !

-¿¡Qué dice!?

Le fue imposible entender el final. La vio alejarse a la carrera, como una potente ráfaga de viento. Su desaparición le dejó un extraño vacío interior. Intuyó que nunca más volvería a verla. En muy contadas ocasiones se sentía solo, estaba acompañado por sus personajes y ocupado con proyectos que no finalizaría en una vida, muchos problemas económicos, incluso una equivocación que a buen seguro le estaría maldiciendo, además de buenos amigos siempre dispuestos a echarle una mano. Al verla desaparecer volvió a experimentar la extraña sensación de desasosiego que le embargó también entonces. Aquella mujer era poco más que una desconocida, pero le debía gratitud porque le ayudó a recuperar la inspiración, y le disgustó comprobar que permanecía enredada en la tela de araña de su pasado. En cuanto entró en el establecimiento se encontró mejor, ya que a cuenta del dinero del premio tiró de tarjeta de crédito y compró una chaqueta, una camisa y una corbata, despojándose de la imagen de vendedor de seguros de vida que reflejaban las lunas de los escaparates; pero cuando puso un pie en la calle el sentimiento de culpa regresó. ¡Maldita sea, no debería haberla dejado marchar así! ¡Si pudiera lo rompería en mil pedazos! pensó, aunque sabía que no lo haría. No retiraría el relato del concurso porque necesitaba el dinero del premio para seguir escribiendo su gran obra, la que le llevaría otra vez al reconocimiento social, la que su editor le reclamaba dos veces al mes porque diez años son muchos años para

Los colegios profesionales son grupos de poder que manejan millones de euros de presupuesto y cuya principal función es canalizar influencias.

escribir un libro que había pagado por adelantado. El relato de la mujer del tren le ayudaría a seguir adelante: una bonita historia que él había retorcido y degradado sin piedad, transformando a una valerosa mujer trabajadora, divorciada y con un hijo, a quien la avaricia de un arribista sin escrúpulos condena al paró y se desestabiliza psíquicamente hasta la amnesia, sube a un tren que la conduce sin saberlo al paraíso de su infancia. Poco tenía que ver con el relato de un rico hombre de negocios que durante un viaje encuentra a una bella mujer amnésica vagando por el tren y la atrae a su vida con el disoluto propósito de adueñarse de su hermoso hijo y abandonarla después en un psiquiátrico. ¡Qué mierda de argumento! pensó. Por suerte o por desgracia, acertó al confiar en que una historia psicosexual de depravación moral se vendería mejor que un relato de denuncia sociolaboral.

El apretado programa de actividades: comida con los colegas finalistas, larga sobremesa y visita al salón donde se realizaría el evento y se serviría la cena de gala le ayudó a sosegar su espíritu, pero no impidió que se le agriara la digestión. Cuando se acercó a recoger el diploma de ganador, la escultura conmemorativa y el talón del premio, le ardía el estómago. Saludó mecánicamente a los miembros del jurado, vio a su antiguo alumno mirarle micrófono en mano e inmediatamente supo que se la había jugado y que tendría que hablar a pesar de que le había dicho que no deseaba hacerlo.

-...el ganador no necesita presentación ya que con su primera novela adquirió fama internacional. Esperamos que el magnífico relato que ha merecido la unanimidad del jurado sea el esperado final de una pertinaz sequía y pronto veamos en las librerías el fruto de intensos años de

Se acercó sonriente y sin dejarle terminar la frase tomó la palabra.

-¡Muchas gracias! dijo exhibiendo la escultura en una mano y el diploma junto con el sobre del talón en la otra. Hay quien caga tres veces al día y eso duele, mientras que otros cagan una vez cada tres días con gran satisfacción y ninguna consecuencia. También existen estreñidos que esperan como una bendición del cielo que al sentarse en la taza la mierda baje de una vez por todas....

El atento silencio inicial se convirtió en una oleada de murmullos de indignación, lo que no impidió que continuara con la exposición escatológica. Lo hizo hasta que su ex alumno le agarró fuertemente por el codo y le separó del micrófono.

-¡Salga! ¡Váyase! Casi a empujones lo llevó a toda prisa hasta el vestíbulo del auditorio. Supongo que sabe usted lo que acaba de hacer, dijo iracundo.

-¡Perfectamente! respondió sacudiéndose la chaqueta nueva.

-¡Adiós!

-¡Adiós!

Respiró aliviado, depositó la estatua y el diploma en la primera papelera que encontró y metió el sobre con el talón en el bolsillo interior de la chaqueta, después echó una mirada alrededor buscando una cafetería en donde hacer una cena ligera, pues en el fiestorro fue incapaz de probar bocado .

-¡Profesor! ¡Profesor!

La persona que le estaba llamando sabía cómo agradecerle porque le gustaba que le dijeran profesor, aun no siéndolo en el sentido estricto.

-¿Le conozco?

-No, pero yo a usted sí. Soy periodista en un conocido programa de televisión y a mi director le encantaría hablar con usted. ¿Qué le parece?

-No sé qué contestarle, depende, joven, depende, contestó.

-Mi director quiere proponerle que sea tertuliano en nuestro programa.

-Tertuliano, ¡Umm! Bonita palabra.

23 de marzo de 2008